

José Ángel del BARRIO MUÑOZ: *Filipinas y la Guerra de Sucesión Española: Avatares y Sucesos en un Frente secundario (1701-1715)*, Valladolid, Castilla Ediciones, 2015, 188 pp., ISBN: 9788494456710.

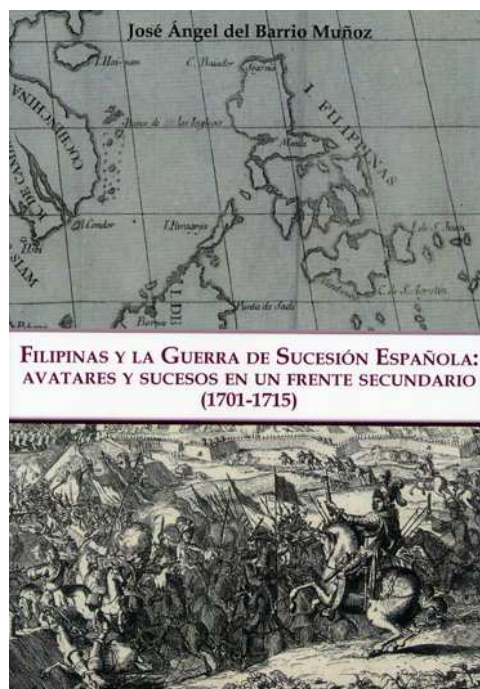
Antonio José Rodríguez Hernández
*Departamento de Historia Moderna, Universidad
Nacional de Educación a Distancia, España*

La Guerra de Sucesión en los confines asiáticos del imperio español

El libro que aquí reseñamos es la última obra de José Ángel del Barrio Muñoz, uno de los investigadores españoles que en los últimos años más se ha interesado en la historia de las islas Filipinas durante el siglo XVIII. Tras licenciarse en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, se doctoró con honores por la UNED, en el 2010, dentro del itinerario de Historia Moderna. Su tesis – dirigida por el gran especialista de los mundos asiáticos y extraeuropeos en la Edad Moderna, Carlos Martínez Shaw –, versó sobre la figura de Fernando Valdés Tamón, Gobernador General de Filipinas entre 1729-1739. Investigación inédita, que tras su adaptación a libro, fue publicada en el 2012 por el CSIC, bajo el título de *Vientos de reforma ilustrada en Filipinas. El gobernador Fernando Valdés Tamón (1729-1739)*. Del Barrio también ha escrito varios textos científicos que han sido publicados en revistas y libros, centrándose la mayoría de ellos en el estudio de las Filipinas durante la época Moderna. Trabajos en los que analiza desde el despliegue de la construcción naval en el Cavite hasta los conflictos étnico-sociales que se producían en Filipinas – ante la gran variedad étnica, cultural y lingüística de las islas –, pasando incluso por el estudio de los desastres naturales en el pasado; en concreto la mayor y más destructiva erupción del volcán Taal, en 1754.

En este nuevo libro el autor nos relata una crónica totalmente desconocida de la Guerra de Sucesión española, y de la historia de los mundos asiáticos durante la Edad Moderna, ya que analiza la contienda desde un frente tan alejado como el filipino, rescatando para ello significativas fuentes primarias, la mayoría de ellas del Archivo General de Indias. Ciertamente, la Guerra de Sucesión ha sido un conflicto que durante las últimas dos décadas ha generado varios centenares de trabajos científicos, especialmente al hilo de la efeméride histórica. Muchos han profundizado en el conflicto de una manera militar, política, diplomática, regional o, incluso, ideológica, ante el claro significado de 1714 para Cataluña.

En este nuevo libro el autor nos relata una crónica totalmente desconocida de la Guerra de Sucesión española, y de la historia de los mundos asiáticos durante la Edad Moderna, ya que analiza la contienda desde un frente tan alejado como el filipino, rescatando para ello significativas fuentes primarias, la mayoría de ellas del Archivo General de Indias. Ciertamente, la Guerra de Sucesión ha sido un conflicto que durante las últimas dos décadas ha generado varios centenares de trabajos científicos, especialmente al hilo de la efeméride histórica. Muchos han profundizado en el conflicto de una manera militar, política, diplomática, regional o, incluso, ideológica, ante el claro significado de 1714 para Cataluña.



Otros han ahondado en el significativo cambio dinástico, la llegada de los primeros Borbones a España, los cambios generados por la Nueva Planta o incluso el Austracismo. Pero los trabajos dedicados al conflicto fuera del marco español, o europeo, han sido mínimos, algo especialmente reseñable al tratarse de uno de los primeros conflictos globales de la historia – que se desarrolló en los campos de batalla de España, Flandes, Italia o Alemania, y sus costas–, pero también en el vasto territorio colonial de las potencias en liza. Desde el punto de vista asiático, poco sabíamos del desarrollo de este conflicto, ya que la historiografía nunca ha tenido interés en investigar las implicaciones de la Guerra de Sucesión en ese recóndito solar del imperio español. De aquí la enorme pertinencia de este trabajo científico, que nos ayuda a entender mejor cómo se vivía y desarrollaba un conflicto a miles de kilómetros de su epicentro.

El libro comienza con una brevísima introducción en la que el autor, de una manera muy sobria, directa y sin artificios, dibuja el marco de estudio de la guerra y lo que hasta el momento se sabía de su desarrollo en las islas Filipinas: prácticamente nada. Tras ello, el libro se organiza en ocho capítulos estructurados en dos grandes bloques, además de unas conclusiones –a modo de reflexiones finales–, y unos interesantes apéndices documentales que engloban 28 páginas. El amplio anexo documental es sin duda sugerente, ya que nos ofrece textos relevantes para el estudio, los cuales nos ilustran –de mano de sus protagonistas– sobre numerosas cuestiones capitales para entender, y contextualizar, el estudio que aquí analizamos, ofreciéndonos una perspectiva mucho más directa.

El primer gran bloque del libro versa sobre las repercusiones del conflicto en el orden interno, dentro de las islas y su sociedad. En cuatro capítulos el autor analiza la guerra y sus repercusiones internas, ideológicas y de poder, y las implicaciones que tuvo el cambio dinástico en las islas. Para ello, en el primer capítulo analiza a los dos gobernadores del archipiélago durante este periodo, y sus funciones. Desde el primer momento las islas claramente se posicionaron a favor del candidato borbónico, como también lo hizo el virreinato de Nueva España, del que dependían éstas, y su necesario nexo de unión con la metrópoli. La rápida alineación a la causa borbónica simplificó las cosas a sus gobernadores, pero ciertamente las dudas estuvieron en el ambiente ante la conjunción de la amplia presencia de extranjeros en las islas y de personas provenientes de la Corona de Aragón. Los dos gobernadores tuvieron un importante papel dentro de este entramado de sospechas, dudas y fidelidades que no parecían seguras. Se trató de dos personajes muy diferentes entre sí. Domingo Zabalburu llegaba al cargo con un escaso bagaje de servicio a la monarquía, y una mínima experiencia, al haber comprado el puesto en la gran coyuntura venal que se inició en la década final del siglo XVII, en la que la falta de medios económicos obligó a la corona a poner en venta multitud de honores y cargos. Pese a las críticas bien fundadas –y a los miedos que generó su nombramiento–, Zabalburu llegó a las islas en 1701 con la noticia de la muerte de Carlos II, y con la orden expresa de mantener la paz y tranquilidad, algo que a pesar de algunos momentos de crispación cumpliría. Incluso algunos historiadores de Filipinas del siglo XVIII vieron en él a uno de los mejores gobernadores de las islas. Su sucesor, en 1709, fue el navarro Martín de Ursúa, el cual llegaba a la gobernación por méritos propios, tras su buena labor al frente del gobierno del Yucatán y tras superar un juicio, pero defraudado por no ser el ascenso que el mismo esperaba. Ambos gobernadores apoyaron las guerras de la monarquía recaudando algunos donativos, pero su gran aportación fueron las medidas internas para

afianzar el control borbónico de las islas y evitar la creación de una quinta columna interna, siendo esencial la vigilancia de los extranjeros.

En el segundo capítulo se analiza, y se desmitifica, una cuestión básica: la falta de comunicación y el completo aislamiento de Filipinas durante este periodo. Para ello el autor analiza las llegadas y salidas de la Carrera del Galeón de Manila, el cual sufrió más pérdidas por naufragios que por cualquier otro motivo. De hecho, sólo en 1709 los británicos consiguieron capturar la *Encarnación*, un navío de poco porte y 20 cañones, siendo éste su único éxito. Por tanto, del Barrio consigue superar algunas apreciaciones previas poco contrastadas que hablaban de la total desconexión de Filipinas con la península durante este periodo, ya que a pesar de la contienda, el comercio, las personas, avisos y recursos entre Nueva España y Manila continuaron fluyendo sin excesivos contratiempos.

Los capítulos 3 y 4 están dedicados a los dos mayores problemas de orden interno a los que las autoridades filipinas tuvieron que enfrentarse. Ambos tenían una base ideológica austracista, pero –como bien se demuestra por el autor– en realidad se trataba de una lucha de poder entre los particulares intereses de las distintas facciones del clero que dominaban el archipiélago, las cuales deseaban acaparar privilegios, por lo que la acusación de austracismo a sus rivales podía allanar el camino a la consecución de sus objetivos. El obispo dominico de Nueva Segovia, Diego de Gorospe, fue acusado de rebelde, si bien al final –pese al revuelo causado– la denuncia fue desestimada por el Consejo de Indias. El hecho más importante fue el cisma surgido entre la orden de los Agustinos Recoletos, entre su partido castellano y aragonés, ya que reflejó una importante disputa con un claro trasfondo político. Se trató de una lucha de poder en toda regla, la cual se solucionó a cañonazos por el oidor José Torralba, que aprovechó hábilmente la coyuntura para encausar a otros personajes ajenos a dicho episodio, pero enemigos suyos. La jugada no le salió bien a Torralba, y finalmente fue investigado y acusado de desfalco por el Consejo de Indias.

El segundo bloque del libro, que abarca los últimos cuatro capítulos, se centra en cómo las islas Filipinas se prepararon para defenderse durante la Guerra de Sucesión, y de cómo intentaron solucionar y gestionar las amenazas externas de invasión, analizándose las relaciones con otras potencias europeas presentes en esas latitudes: especialmente los holandeses, los ingleses –enemigos durante la contienda– y los franceses, aliados de España. En mi opinión el capítulo 5 es uno de los más interesantes de todo el libro ya que nos acerca a las medidas defensivas que se debieron tomar en las islas durante la contienda. Medidas complicadas ante la falta de medios, ya que los gobernadores intentaron siempre conseguir la autosuficiencia defensiva. Por ello implantaron medidas realistas para fabricar localmente armas de fuego portátiles, cañones y pólvora –artículo más complicado de producir en la región, ante la carencia de salitres–, intentando cubrir así las necesidades internas sin tener que acudir a la importación. Además se consiguió mejorar las instalaciones portuarias, y se construyeron varios barcos de guerra para defender las costas de la gobernación, al tiempo que continuó el tráfico del Galeón de Manila. En conjunto, unas medidas que paliaban las necesidades defensivas más graves sin tener que acudir al exterior, ante la dificultad de encontrar medios durante un conflicto bélico, lo cual supone un notable éxito de los gobernadores de las islas, y de su sociedad, que aportó los medios necesarios.

Los capítulos 6 y 7 abordan las dos amenazas más serias que se ceñían sobre las islas Filipinas, mientras que en el capítulo 8 se analizan las relaciones con Francia. Esta última

aprovechó la instauración de los Borbones en España para potenciar su comercio con China, utilizando las bases españolas en las Marianas como escalas obligadas, practicando un comercio no autorizado, y sin que a nivel militar sus barcos supusieran una ayuda contra los navíos de las naciones hostiles. El enemigo más fuerte y peligroso que tenían los españoles en la región eran los holandeses de la VOC (Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales), que disponían de un enorme potencial económico, militar y naval, ya que en 1704 la compañía disponía de al menos 81 embarcaciones en la región. Los neerlandeses planearon una invasión a gran escala sobre Filipinas, ante la enorme oportunidad que suponía el control estratégico del archipiélago para salvaguardar sus posesiones en el Extremo Oriente, siendo el primer objetivo la toma en primera instancia de Manila, como llave de las islas. Pero el plan se desestimó con rapidez ante la gran cantidad de recursos necesarios para su consecución, y las pocas posibilidades que supondría la retención de las islas en manos holandesas una vez acabado el conflicto, como bien se comprobó con el precedente de la toma de Pondicherry a los franceses, en la India, durante la Guerra de los Nueve Años (1688-1697). Noticias que muy pronto llegaron a oídos de los españoles, que consiguieron calmar la situación, ya que además la VOC parecía demasiado ocupada en participar en acciones bélicas en Java, apoyando a los reinos indígenas afines para aumentar su dominio. Pero una vez pasados los primeros años del conflicto las acciones bélicas quedaron descartadas, y realmente existió una verdadera permeabilidad comercial entre Batavia y Manila. Bajo una capa de disimulo parece que el comercio siguió fluyendo a pesar del conflicto y las prohibiciones. La guerra que se practicaba en lugares tan alejados, con medios tan escasos, en muchos casos parece que era descartada debido a que era opuesta al gran objetivo de la presencia europea en esos lares: el comercio y el lucro que reportaba a los grandes negociantes.

El enemigo más combativo durante la contienda fue sin duda Inglaterra. Nación que tenía intereses en la zona, orientados especialmente al comercio con China, llegando a aumentar a comienzos del siglo XVIII el tráfico naval. Los ingleses disponían del enclave de Pulcondor, en un archipiélago cercano a las costas de Vietnam, del que fueron desalojados en 1705, tras una insurrección protagonizada por mercenarios macasares, que habían estado a sueldo inglés, pero que disponían de un claro apoyo de los poderes regionales. Esto demostró que los intereses comerciales ingleses en el entorno cercano a Filipinas no estaban tan consolidados todavía, por lo que su peso comercial no era entonces tan importante y lucrativo como el practicado por la VOC. Eso abrió las puertas a prácticas más agresivas contra los españoles como el corso, ya que el comercio inglés no podía ser perjudicado por las represalias hispanas. De esta manera, los ingleses pondrían sus miras en la captura del Galeón de Manila. Lo intentarán sin éxito en 1704, y en 1710 lo conseguirán, al capturar uno de los dos navíos que realizaban su viaje a Acapulco, ante las órdenes de la marina inglesa de correr en corso la costa del Pacífico americano. Tres fragatas inglesas –todas con más porte y cañones– conseguirán capturar el patache *Encarnación*. Los navíos británicos intentarán hacer lo mismo con el navío *Ntra. Sr. de Begoña*, pero éste, dotado de 40 cañones y construido con excelente madera filipina, era una pieza que no estaba a su alcance, y tras 2 días de combate tuvieron que desistir. Un episodio diametralmente opuesto fue el ocurrido en 1710, cuando los mismos navíos corsarios ingleses se presentaron en el puerto de Umatac, en Guam, ondeando banderas blancas. Solicitaban ser reabastecidos o de lo contrario realizarían hostilidades contra las posiciones españolas en las Marianas. El gobernador Juan Anto-

nio Pimentel accedió a sus demandas ante las pocas fuerzas de las que disponía, unos 130 hombres, negociando con los ingleses la liberación de casi todos los tripulantes de la *Encarnación* que tenían prisioneros. Pimentel sería investigado y depuesto por la decisión tomada, si bien el principal problema era las malas condiciones defensivas de las Marianas, el antemural defensivo de las Filipinas, algo que ahora conocemos especialmente gracias al aporte documental del libro, en especial gracias al anexo documental de las páginas 152-156.

Como elemento final del libro cabe destacar las conclusiones formuladas por José Ángel del Barrio, que no hacen otra cosa que reflejar la idea principal que se destacaba en la introducción: señalar que a pesar de ser un frente secundario, y alejado de la Guerra de Sucesión, no fue un territorio olvidado, y que en ningún caso estuvo ajeno a la guerra, a pesar de la distancia. A nivel interno hubo acusaciones de disidencia, pero éstas fueron menores, y la guerra interna estuvo lejos de estallar. Más importantes fueron los temores a una acción externa que desestabilizase la situación, algo que nunca ocurrió, por lo que el principal daño fueron los ataques corsarios ingleses hacia el Galeón de Manila, una fórmula de guerra de desgaste cuya intención era perjudicar a corto plazo la economía enemiga, pero que no suponía una verdadera amenaza al dominio territorial hispano en la región, si bien éste no disponía de las suficientes fuerzas militares como para enfrentarse con solvencia a una invasión enemiga decidida. Estas conclusiones son particularmente relevantes también por las diferentes preguntas que se realiza el autor, y que al mismo tiempo intenta contestar, algo que aporta nuevas perspectivas a la investigación. Además, también conviene destacar la precisa síntesis que estas conclusiones suponen, apoyadas también por el mapa de la página 137, que supone un excelente resumen visual de la dinámica de la Guerra de Sucesión en las Filipinas.

En conjunto se trata de un libro de investigación que nos acerca a una dimensión de la Guerra de Sucesión Española que desconocíamos. El autor aborda en este estudio algo totalmente inexplorado, lo que suponía al mismo tiempo un aliciente y una gran dificultad, especialmente ante la escasa bibliografía existente. Obstáculos que ha podido superar con gran acierto gracias a la investigación realizada sobre fuentes primarias de archivo, que no son fáciles de localizar, y que por el tiempo y la distancia contienen muchas lagunas. Pero a pesar de esas dificultades estamos ante una investigación seria y muy bien acabada, que además está escrita con mucha claridad y acierto, y en un lenguaje muy ameno que hace disfrutar al lector de una historia poco conocida de la Guerra de Sucesión. Un estudio modélico para poder conocer mejor las guerras que se desarrollan en territorios alejados de los epicentros de los conflictos europeos, y que por tanto suponían un verdadero reto para los Estados, ante sus limitaciones geoestratégicas, militares y humanas; pero también un desafío para las limitadas comunidades europeas que habitaban la región y que se necesitaban entre sí para comerciar y obtener todo lo que necesitaban para sobrevivir.